

Madrid en los años treinta. Ambiente social, político, cultural y religioso

JULIO MONTERO – JAVIER CERVERA GIL

Abstract: *El Madrid de los años treinta, que vio los primeros pasos del Opus Dei, es escenario de grandes cambios. En primer lugar, de régimen político: la República sustituyó a la Monarquía; también se transformó la ciudad misma como escenario urbano de una nueva época. En ella los intelectuales y la vida cultural, la nueva clase política y la prensa se agitan en un torbellino en el que los madrileños de todos los barrios y clases sociales se sienten protagonistas, a veces a su pesar. La Guerra Civil agudiza, en una ciudad que es a la vez frente y retaguardia, estos problemas.*

Keywords: *Modernización – Segunda República Española – Católicos – Intelectuales – Madrid – 1930-1939*

Madrid in the 1930's. Social, political, cultural and religious situation: *The city of Madrid of the 1930's which witnessed the first steps of Opus Dei was the backdrop for great change. Firstly from the political point of view: the Monarchy had been replaced by the Republic; also the city itself was converted into an urban setting for a new era. Intellectuals and cultural life together with the new political class and the Press stirred up a whirlwind which absorbed all of the city dwellers regardless of class or background sometimes in spite of themselves. The Civil War worsened these problems in a city which was at once a battle front and a rear guard.*

Keywords: *Modernization – Second Spanish Republic – Catholics – Intellectuals – Madrid 1930-1939*

MADRID: EL ESPACIO, LOS HABITANTES¹

Madrid inicia la década de los treinta en medio de una profunda crisis, que no se explica únicamente por la presencia en la capital de las contradicciones y quiebras que recorren todo el país: geográficas (España húmeda y España seca, centro –mejor centros– y periferias, etc.), de hábitat (España rural y España urbana), religiosas (régimen confesional con amplia influencia política y cultural de los eclesiásticos y fuertes corrientes anticlericales), políticas (régimen de la Restauración frente a las alternativas reformistas y revolucionarias), sociales (España rica y España pobre), culturales (*Edad de Plata* de la cultura española en medio de una población analfabeta), o de género (primeras reivindicaciones sobre el nuevo papel social y político de la mujer).

Madrid tiene, en este sentido, vida propia. Desde principios del siglo XX venía rompiendo su piel de ciudad decimonónica, tranquila, con amplias zonas urbanas socialmente no diferenciadas, poblada de tenderos, artesanos, oficiales y aprendices, criados y criadas de diferentes funciones, administrativos de una banca naciente en expansión, funcionarios, empleados, clero procedente de todos los puntos de España, negociantes de muy distinta categoría, propieta-

¹ El presente artículo es una reflexión de los autores realizado, fundamentalmente, sobre la bibliografía siguiente (se omite la general sobre el periodo, no específica de Madrid): Rafael ABELLA BERMEJO, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*, vol. II, *La España republicana*. Barcelona, Planeta, 2004; José Luis ALFAYA, *Como un río de fuego*. Madrid, 1936, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 1998²; José Ramón ALONSO PEREIRA, *Madrid 1898–1931. De Corte a Metrópoli*, Madrid, Comunidad Autónoma de Madrid, 1985; Julio ARÓSTEGUI – Jesús Antonio MARTÍNEZ, *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984; ARZOBISPADO DE MADRID-ALCALÁ, *Cuadernos de Historia y Arte: centenario de la Diócesis de Madrid-Alcalá*, 6 vols., Madrid, Arzobispado de Madrid-Alcalá, 1985-1986; AYUNTAMIENTO DE MADRID, *Madrid. Urbanismo y gestión municipal, 1920-1940*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1990; Ángel BAHAMONDE – Luis Enrique OTERO (eds.), *La sociedad madrileña en la Restauración*, Madrid, Alfoz, 1989; Arturo BAREA, *La forja de un rebelde*. Barcelona, Plaza y Janes, 1985; Javier CERVERA GIL, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina. 1936–1939*. Madrid, Alianza, 2006²; Antonio FERNÁNDEZ GARCÍA (dir.), *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993; Agustín de FOXÁ, *Madrid, de corte a checa*. Madrid, Editorial Prensa Española, 1976; Santos JULIÁ (dir.), *Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Alianza, 1994; Santos JULIÁ, *Madrid, 1931–1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984; Gloria NIELFA, *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comercios y dependientes*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1985; Virgilio PINTO CRESPO (dir.), *Madrid. Atlas histórico de la ciudad. 1850-1939*, Madrid, Lunweg, 2001; Gonzalo REDONDO, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, 2 vols., Madrid, Rialp, 1970; María Eulalia RUIZ PALOMEQUE, *Ordenación y transformaciones urbanas en el casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC, 1975; Carlos SAMBRICIO, *Madrid, siglo XX*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2003; Víctor SIMANCAS – José ELIZALDO, *El mito del Gran Madrid*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1969; Javier TUSELL, *La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1970.

rios de pisos y locales, tenedores de deuda pública, nobles venidos –o yendo– a menos y un puñado de banqueros, grandes empresarios y altos aristócratas... y una población numerosa *sin oficio ni beneficio*, en el castizo decir de la época.

Es una ciudad en pleno crecimiento que desde 1930 aproximadamente manifiesta una enorme vitalidad. Primero, porque se incrementa constantemente la población. Luego, porque las transformaciones económicas exigen soluciones nuevas a nuevos problemas. Después, porque la vida política alcanzará una intensidad creciente, con enfrentamientos progresivamente más radicales en una población fuertemente polarizada. Por último, porque la capitalidad republicana presta a la ciudad una atención especial que la convierte, cada vez más, en el centro de atención del nuevo Estado. Madrid pasará en estos años de ser una tranquila ciudad administrativa a empezar a constituirse como una moderna metrópoli. El proceso –como tantas otras cosas– queda cortado por la Guerra Civil y sólo se completará muchos años después, ya bajo el franquismo.

Este conjunto de factores convierten al Madrid de los años treinta en una urbe de gran vitalidad: joven en el sentido demográfico del término, pero también en otros muchos vinculados con la modernidad: desde el urbanismo al nacimiento de nuevas formaciones políticas y sindicales; desde el cultural al cristiano. Este proceso tiene lugar en un nuevo marco político: la Segunda República, aclamada con entusiasmo por la gran mayoría de los madrileños y tolerada con esperanza por muchos de los demás. Estamos ante la recta final de un periodo –el de entreguerras– plagado de utopías en todo el espacio europeo, que se presentan como a punto de cumplirse. Porque todo parece posible en un mundo que ha visto triunfar la revolución bolchevique en Rusia y el fascismo en Italia, en un contraste de miedos y esperanzas, que avivan las nuevas técnicas de propaganda, para la naciente sociedad de masas, desde la prensa, el cine y la radio.

Aunque estos procesos se inician muchos años antes en Madrid –a principios de siglo–, alcanzan en los años treinta su punto crítico en el sentido más estricto. En fin, nos encontramos en una ciudad cargada de nuevas energías que transitan antiguos caminos, porque lo viejo aún está presente –y vivo– en la ciudad y mantiene con eficacia su resistencia.

MADRID COMO ESCENARIO URBANO. EL INTENTO DE CONSTRUCCIÓN DE UNA CIUDAD COSMOPOLITA

Madrid pone en marcha a lo largo de los años treinta sus más ambiciosos proyectos urbanísticos. De hecho serán éstos los que marcarán las pautas fundamentales de su evolución hasta finales del siglo XX. Se trata de un proceso de ritmo constantemente acelerado. Al principio es lento: hasta 1920 no se inicia la

construcción de la Gran Vía, que rompe literalmente el núcleo de lo que había sido la ciudad entre la Edad Media y 1850 aproximadamente. En 1930, aún no se había concluido su último tramo (plaza del Callao a plaza de España), pero para entonces ya se perfilaba como la zona de negocios de la ciudad, su núcleo financiero y comercial fundamental. Hasta entonces ese centro era poco preciso y –quizá– no muy necesario. La afirmación de la capitalidad como elemento básico constituye otro de los elementos fundamentales del crecimiento de Madrid durante los años treinta. Si ya se percibía con claridad en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la República lo afirmará con mayor nitidez aún.

El marco urbano

Desde 1930 todo se acelera. Se proyectan y acometen las grandes realizaciones que señalarán las líneas de crecimiento y evolución de la capital. La primera será la ampliación del espacio urbano mediante la prolongación del paseo de la Castellana hacia el norte. El apoyo del gobierno se manifestó en la decisión de mantener la idea de construir, en ese arranque norte del nuevo Madrid, el gran conjunto de edificios que conforman los Nuevos Ministerios. Como si la reciente República quisiera romper los moldes y límites de la ex Corte.

La segunda línea de acción y crecimiento la constituyó la construcción de la nueva Ciudad Universitaria. La iniciativa era anterior al establecimiento de la República, pero los edificios se levantaron a lo largo de los años republicanos y conformarían luego la línea de frente en la Batalla de Madrid durante la Guerra Civil. Se pretendía albergar una universidad moderna, que pudiera situarse entre las mejores del mundo.

La tercera línea de realizaciones pretendía atender a una demanda creciente durante los años treinta en la capital: la construcción de viviendas asequibles a las clases medias y bajas. Esto se tradujo, en la práctica, en la opción por una planificación que reconociera la zonificación social del nuevo Madrid. Ya en 1929 el ayuntamiento había aceptado la necesidad de aplicar este principio. Hasta entonces existían amplias zonas en la ciudad en las que convivían casi todas las clases sociales en todos los edificios. Las clases bajas se instalaban en los sótanos y buhardillas; las altas en el llamado piso principal. El resto casi reproducía la escala social. En los pisos interiores se alojaba, con frecuencia, la servidumbre. El barrio de Salamanca, buena parte del de Chamberí, los Bulevares, Princesa, etc., son ejemplos típicos de ese Madrid socialmente mezclado tan propio de la ciudad castiza. Esto no significa que no existiera una diferenciación social clara por barrios. Ésta se traducía en datos tan patentes como la mortalidad: en el distrito

obrero del sur de la Inclusa, la mortalidad se llevaba a 38 de cada mil habitantes; en el aristocrático barrio de Buenavista la cifra era de sólo 17.

La puesta en marcha de los nuevos principios de planificación urbana exigió la definición de superficies de expansión y la creación de instrumentos financieros y políticos que la hicieran posible. La experiencia más significativa de esta tendencia había sido la construcción del barrio de Metropolitano en las cercanías de Cuatro Caminos, que trataba de aprovechar la cercanía del popular metro. Por último, este conjunto de líneas de acción siempre tuvo presente la necesidad de dotar a la ciudad –y a sus planes de expansión– de los medios de transporte urbanos más adecuados y asequibles.

Estas iniciativas municipales y gubernativas no deben llevar a engaño, porque, al margen de la planificación municipal, la vida conducía a la ampliación de la ciudad por otros derroteros. En efecto, eran abundantes las zonas de chabolas en medio de descampados en espacios relativamente cercanos a barriadas obreras. Se situaban normalmente alrededor de las vías de penetración a la ciudad desde el exterior y llegaron a constituir un auténtico *cinturón rojo* de la capital: Guindalera, Cuatro Caminos, Tetuán, Puente de Vallecas, Peñuelas, etc. Los empeños oficiales para construir viviendas baratas y asequibles a esta población eran incapaces de atender las necesidades que planteaba una ciudad en constante crecimiento demográfico, por el empuje conjunto de la emigración y la natalidad, y que empezaba, además, a notar los efectos negativos de la crisis económica internacional. La población de la capital en 1900 era de 539.835 habitantes. En 1920 se habían alcanzado los 750.896 y en 1930 los 952.832. Madrid necesitó veinte años (de 1900 a 1920) para aumentar en 200.000 sus efectivos demográficos, pero solo diez (de 1920 a 1930) para igualar este crecimiento en números absolutos. La mayor parte de los inmigrantes, y de sus hijos, estaba constituida por gentes que huían del hambre y de la miseria y buscaban en Madrid una forma de supervivencia. Desde luego necesitaban vivienda, pero era una masa de miserables que no conformaban un mercado que animara la industria de la construcción: no tenían con qué pagar...

La construcción constituía un sector primordial de la vida económica de la capital. Los diversos ayuntamientos desde el último cuarto del siglo XIX habían impulsado esta actividad en la medida de sus posibilidades. Eran conscientes de su importancia social, ya que era el medio más eficaz de ofrecer trabajo, como peones, a las oleadas de inmigrantes que llegaban sin ninguna preparación profesional; además de posibilitar encargos a los especialistas de otros oficios: desde pintores a estucadores, de carpinteros a ebanistas, de fontaneros a electricistas, etc.

La proclamación de la República no constituyó un estímulo para la industria de la construcción en Madrid. Sin que pueda hablarse de una relación causa-efecto, hay que señalar que la actividad constructora se redujo notablemente.

Sin entrar a otras consideraciones de carácter político y sindical que se tratarán después, las cifras son claras. Por ejemplo, el número de licencias para construir edificios nuevos concedidas por el ayuntamiento lo manifiestan de manera rotunda: se concedieron 1.198 en 1930 y sólo 276 en 1934. Desde luego, muchos edificios serían probablemente mayores, pero la diferencia es tan grande que esa consideración no atenúa la gravedad de la crisis.

La falta de viviendas y la reducción de la actividad constructora intensificaron los problemas sociales en la capital durante los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil. Es cierto que la intensiva politización de la vida en la capital agudizó los conflictos y enfrentamientos entre los partidos y sindicatos de izquierda y los partidos de centro y de derecha, pero no faltaron factores sociales que favorecieron esta dialéctica. En concreto, y por lo que se refiere a las formas de vida más comunes, las zonas de chabolas y la miseria continuaron creciendo. Por otra parte, la inestabilidad política y las crisis gubernamentales tampoco favorecieron las inversiones ni el establecimiento de planes económicos y financieros a medio plazo.

De todas maneras, a pesar de los deseos municipales y gubernamentales de planificar el crecimiento de Madrid, con diferenciación social de las zonas de expansión, el peso de la historia tenía mayor fuerza en los modos de vida en la ciudad. *Grosso modo*, la ciudad, al empezar los años treinta, se componía de zonas de barriadas populares al sur y este de la ciudad, barrios de la expansión del siglo XIX hacia el norte y al oeste con una población socialmente muy variada y amplios espacios de descampados con concentraciones de chabolas y de viviendas de muy mala calidad, sin servicios de electricidad, alcantarillado y agua corriente en todos los extremos: norte, sur, este y oeste. Sin escuelas y sin parroquias tampoco.

Las gentes

Los testimonios cinematográficos muestran una ciudad con sus vías principales repletas de gentes de muy variada condición social, perceptible por sus atuendos. Los hombres parecen fumar permanentemente. Los medios públicos de transporte, tranvías y metropolitano, son poco utilizados por las clases bajas y casi nada por los miserables, que se mueven a pie por la ciudad: de sus casas a los tajos, o en busca de trabajo o de algún apaño... y vuelta. Mujeres y niños pegados a los barrios sin apenas moverse. Sólo salen para buscarse la vida cuando falta trabajo al cabeza de familia. Con abundantes espacios de sociabilidad marcados por la penuria: las galerías de las *corralas* y el uso común de cocina y aseo; las fuentes públicas para el abastecimiento de agua de los barrios extremos, que se realiza con todo tipo de recipientes, en frecuentes

colas; el mercado para la menuda compra diaria de los alimentos... La calle es el lugar común de coincidencia cuando lo permite el tiempo, porque las casas son pequeñas y malas.

Unas clases populares mal alimentadas –que pasan hambre– dominadas por la incultura, que apenas leen la prensa y que alimentan sus opiniones de conversaciones durante el trabajo, en las que la voz de los sindicalistas fluye autorizada desde las *casas del pueblo* y los locales anarquistas de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Allí los enfoques socialistas y anarquistas configuran una opinión pública en la que la conciencia de clase se transforma en algo más inmediato y visceral: el odio a los ricos y al clero, que se percibe como cómplice de aquéllos. La experiencia de la miseria habitual, de la ignorancia, de la falta de atención médica y de capacidad económica para llegar a los remedios farmacéuticos, parecen reclamar una revancha que las diversas soluciones revolucionarias presentan como próxima.

Las clases medias, no muy amplias pero sí muy variadas, se empeñan en progresar. La banca, que comienza su expansión –y algunas empresas modernas, eléctricas por ejemplo–, y la administración pública, son sus metas. Austeros y ahorradores viven, normalmente y por necesidad, al día. Atentos a la vida política, habituales lectores de prensa. Constituyen las bases de la militancia de los diversos partidos republicanos o se decantan hacia fórmulas derechistas. De formación cristiana pero, frecuentemente, de práctica religiosa casi nula. Tampoco ésta, cuando existe, parece emparar su actuar: la misa dominical y algún otro acto litúrgico. No faltan sin embargo casos de generosidad y deseos de vivir con caridad las obras de misericordia, pero falta con frecuencia una asunción más activa y responsable de los deberes cívicos, sociales y políticos. Con frecuencia, la acción directa del clero en iniciativas de este estilo mezcla opciones legítimas, pero opinables, con las soluciones únicas para los católicos.

En fin, alrededor de 1930 pueden ya percibirse las grandes divisorias sociales perceptibles en el escenario urbano. Hay un centro comercial y financiero articulado en torno a la recién construida Gran Vía. La zona noble de la capital, la que reunía a la mayor parte de las clases pudientes, se situaba alrededor de la calle Serrano y el paseo de la Castellana. En el ensanche norte convivían varios grupos profesionales y sociales con la divisoria de la calle Princesa. Al este: profesionales, empleados, estudiantes, funcionarios, etc. Al oeste había edificios oficiales y residencias de la nobleza, el distrito de Palacio. Al sur se situaban los *barrios bajos*. El Madrid de la pequeña industria y de los establecimientos artesanos, poblados por quienes trabajaban allí. Son los distritos de Inclusa, Latina y Hospital. Incluso se perciben ya algunos establecimientos industriales modernos en el ensanche de esa zona.

EL AGITADO VIVIR MADRILEÑO ANTES DE LA GUERRA CIVIL

Durante los años treinta Madrid comienza a ser una ciudad industrial y empresarialmente moderna. Desde luego predominan todavía los talleres y el pequeño comercio y, como ya se ha dicho, el sector más importante es el de la construcción. También se deja notar el peso de factores muy tradicionales. Por ejemplo, el 85% de las mujeres que trabajan lo hacen en el servicio doméstico, y el pequeño comercio ocupa aún a 55.000 madrileños en 1933. Predominan, en el sector industrial, los talleres que no alcanzan a los cien empleados.

Las bases económicas y sociales de la vida madrileña

Junto a eso, sin embargo, hay que destacar que el volumen de las empresas ha comenzado a aumentar de manera significativa. Además de los grandes centros de actividad económica tradicionales de la ciudad (ferrocarriles, tranvías, fábricas de gas y de tabaco, etc.), comienzan a aparecer otros con planteamientos modernos en su actividad, gestión y volumen. De una parte se consolida una tendencia que viene de los años veinte y antes. Por entonces aparecieron los primeros establecimientos comerciales de *aires modernos* que aún sobreviven en la memoria de los madrileños: de Mantequerías Leonesas a Pescaderías Coruñesas, pero también los grandes Almacenes Madrid-París que en los años treinta se transformarán en los populares SEPU (Sociedad Española de Precios Únicos) con una plantilla que supera los cuatrocientos empleados.

Precisamente el sector de la alimentación es uno de los primeros en avanzar en el establecimiento de grandes empresas con plantillas que van de los doscientos a los quinientos empleados: compañías de fabricación de cervezas (El Águila y Mahou), panificadoras y azucareras; pero también químicas (Productos Gal y Floralia), metalurgia (Euskalduna) y artes gráficas (Rivadeneira y Prensa Española). Sin embargo, es en el sector tradicional de la construcción donde se producen las mayores concentraciones empresariales que van relegando paulatinamente al tradicional maestro de obras y su cuadrilla: Fomento de Obras y Construcciones, Agroman, Portland Valderribas, Huarte... Todos tienen más de quinientos empleados y algunos superan ya los dos mil. Los índices hablan, en Madrid, de una población activa dedicada al sector industrial del 36% en 1930, cuando en 1900 apenas alcanzaba el 24%.

Con todo, es el sector terciario el que avanza de manera más decidida, de tal manera que puede decirse que los servicios constituyen el eje de la modernización económica de la capital de la República: las compañías de seguros, los grandes bancos y las sedes de las grandes empresas (por ejemplo la Compañía Telefónica) empiezan a conformar un grupo cada vez más numeroso de empleados de cuello

blanco que superan en 1933 las 25.000 personas. Son lectores de prensa y, por lo que sabemos, nutren las filas de votantes de los partidos republicano y socialista mayoritariamente. Su carácter renovador no se limita a los aspectos tecnológicos. Telefónica, por ejemplo, asume ese papel protagonista para toda España en el sector de las telecomunicaciones; pero también es la primera empresa en ofrecer –por influencia de la norteamericana ITT (International Telephone and Telegraph)– **puestos de trabajo para la mujer como telefonistas.**

En fin, unos empleados y un proletariado más conscientes de la importancia de las mejoras laborales y de la sindicación, y un empresariado también convencido de la necesidad de la negociación. Y unos años de gran crisis económica. No sabemos hasta qué punto es dependiente de la crisis internacional, pero su presencia en la economía española es indudable. Al incidir desde el principio en el sector de la construcción, sus efectos negativos se multiplican y se transmiten: desde las grandes empresas hasta las medianas y pequeñas que las surten de materiales y oficios complementarios. Un caldo de cultivo que el radicalismo político y sindical exacerban (la presencia del sindicato anarquista CNT se centra especialmente en el sector de la construcción y entre el proletariado de poca preparación, más propenso al radicalismo revolucionario que a la mejora de las condiciones de trabajo), y frente al cual las organizaciones empresariales se cierran.

La vida intelectual de Madrid en los años treinta

La vida cultural madrileña fue intensa durante los años treinta. El contexto también es favorable: para entonces la tasa de analfabetismo en la capital ha caído por debajo del 20%. Los testimonios hablan de gran crecimiento del número de diarios y también de la tirada conjunta de todos ellos. No parece posible que los madrileños leyeran tanto la prensa. Una parte se leía en provincias. En cualquier caso, la prensa, moderna de concepción en casi todas sus cabeceras más importantes, estaba fuertemente politizada y en los constantes debates sobre las cuestiones públicas que llenaban sus páginas, la opinión de los intelectuales más destacados avalaba las diversas opciones.

La prensa diaria conservadora –oficial u oficiosamente católica en muchos casos–, bien posibilista republicana (como *El Debate*) o bien decididamente monárquica (como *ABC*), era de planteamientos empresariales y periodísticos modernos. La de izquierdas tenía también cabeceras de buen nivel e influyentes: por sus colaboradores e información y por sus altas tiradas. No faltaba calidad en algunos proyectos periodísticos republicanos que no llegaron a cuajar, como los impulsados por Ortega y Gasset. Entre las grandes cabeceras existía un sin-número de periódicos de partido, con vida más o menos efímera: se repartían

y se voceaban como los grandes por las calles, pero solían ser militantes de sus partidos quienes los vendían o distribuían.

Los diarios de Madrid se convirtieron en lugares de encuentro privilegiado de las tres generaciones de intelectuales que han conformado la llamada *Edad de Plata* de la cultura española: la del 98 –algunos de cuyos miembros desaparecerán en esos años–, la del 15 –en plena etapa creativa y en periodo de madurez– y la del 27, que supone un fuerte empuje literario y una decidida opción por el compromiso político y la acción cultural en su vertiente de militancia social. Probablemente nunca tuvo la prensa española un conjunto de colaboradores habituales de tan alto nivel.

El Madrid intelectual y cultural era también un hervidero en la ciudad de los años treinta y su presión política aumentó progresivamente. Lo característico de los autores de la *Edad de Plata* es su compromiso político. Se da con diversos grados de intensidad, de orientación y de actividad. Esa participación de los intelectuales en la política tenía una cierta y próxima tradición: la Agrupación al Servicio de la República, que constituyó un grupo de intelectuales de influencia ejemplar, por lo que significaba de prestigio, seguridad y seriedad. Si se atiende a la intensidad de la militancia de los intelectuales, la incorporación como miembros, y luego dirigentes, en partidos constituye, probablemente, la manera más decidida. Por ella optaron hombres como Besteiro y Negrín –ambos catedráticos de la Universidad de Madrid– por el PSOE, y Pemán y Maeztu por Renovación Española; pero también Araquistáin y Fernando de los Ríos del lado izquierdista y Eugenio Montes del derechista. Lo mismo puede decirse de un intelectual como Manuel Azaña, futuro jefe de Gobierno y presidente de la República. Su participación en la política les condujo al ejercicio de esta actividad de manera casi exclusiva.

No fue ésta la forma más habitual de compromiso político de los intelectuales. Otra línea de actuación, más frecuente, la conforman gentes como Ortega y Gasset o, en otra dirección, Alberti y Bergamín. En algunos casos hay militancia en partidos, como Alberti en el Partido Comunista; en otros, actividad intelectual que quiere influir en la opinión pública: o intentarlo al menos. Las empresas periodísticas de Ortega serían un ejemplo, las de Bergamín, otro. En un nivel distinto hay que situar las actividades que podrían denominarse de responsabilidad social de los intelectuales. Quizá las campañas de las misiones pedagógicas constituyan uno de los ejemplos –aunque no el único– más característicos de esa otra forma de participación en la vida política. El elenco de intelectuales *misioneros* –especialmente de los de la Generación del 27–, embarcados en acercar la cultura a la España más pobre, atrasada y aislada, es amplio: Manuel B. Cossío, Antonio Machado, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Alejandro

Casona, Ramón Gaya, José Val del Omar, María Zambrano, María y Matilde Moliner, etc.

Pero los periódicos no son los únicos puntos de coincidencia de la intelectualidad de Madrid. Las revistas de cultura, con sus inevitables debates políticos, constituían un lugar de encuentro más específicamente cultural. En este aspecto *La Gaceta Literaria* (de Giménez Caballero), *La Revista de Occidente* (de Ortega y Gasset), la efímera *El Caballo Verde de la Poesía* (de Neruda, donde publicó su famoso manifiesto vanguardista “Poesía sin pureza”) y *Cruz y Raya* (de Bergamín) atendían también a los debates intelectuales en torno a las publicaciones y a los estrenos teatrales, verdaderos referentes de la vida cultural madrileña de entonces.

Además existían otros espacios de convivencia entre las gentes de la cultura en el Madrid de los treinta. Unos eran herederos de las viejas tradiciones: las tertulias. Se mantienen algunas, pero están en decadencia. En la calle de Alcalá, cerca de la puerta del mismo nombre se sitúa La Granja del Henar: allí meriendan o toman café, pero sobre todo hablan los grupos de gente joven coincidentes con los del 27. Al principio no hay aún diferencias políticas, o –para ser más exactos– las divergencias en este campo no rompen aún amistades ni vínculos personales. Eugenio Montes, luego falangista, y Rafael Alberti, que será comunista, hablan y hablan allí. Otra vieja institución llena de historia y de actividad durante la Dictadura –El Ateneo– ha perdido protagonismo en la vanguardia cultural de la ciudad. Aunque mantiene mucha actividad, ha perdido vitalidad a favor de la política.

Los nuevos centros de trabajo, reunión y actividad –los lugares donde se *cuece* la nueva cultura española– están ya en otros lugares. Unos son tumultuosos y variados: poetas, pintores, escultores y futuros cineastas se reúnen en la Residencia de Estudiantes. Algunos vivían allí; otros, sencillamente, pasaban el día. Más tranquilo y sosegado es el ambiente del Centro de Estudios Históricos, donde trabajan Menéndez Pidal y Américo Castro. El Madrid de la cultura es un espacio físicamente pequeño que casi obliga al encuentro, a la conversación, a *estar a la última*: no sólo de lo que se estrena o publica, sino de lo recién escrito e, incluso, sólo de lo que se quiere escribir. A lo largo de los años treinta la radicalización política llevará a la división, en algunos casos puramente formal, en otros radical y definitiva, y al enfrentamiento entre las gentes de la cultura que conforma esa vanguardia joven, creativa y entusiasta.

El ambiente político de Madrid en la década de los treinta. La tradición republicana

También en el clima político de la ciudad se advierte un notable cambio durante los treinta primeros años del siglo XX. Madrid fue una ciudad donde las

izquierdas consiguieron siempre bastantes votos. Ya desde 1868, al establecerse el sufragio universal masculino en España, las candidaturas republicanas obtuvieron buenos resultados en los barrios populares del sur de Madrid (Inclusa y Latina). La tendencia se confirmó en 1870 y resurgió con fuerza a principios del siglo XX. Los enfrentamientos electorales entre monárquicos y republicanos –desde 1910 la *conjunción republicano-socialista*– supusieron el triunfo de las izquierdas salvo algunas excepciones, aunque los monárquicos siempre superaron el 40% de los votos emitidos. Conviene tener en cuenta que el anticlericalismo constituía uno de los puntos clave de los programas republicanos.

Con todo, lo más significativo es el cambio de este voto hacia posiciones socialistas. En 1903, Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), obtenía, en su primera concurrencia a las urnas, un total de 307 sufragios en su distrito más firme: Inclusa. En 1923, el PSOE fue la formación política más votada en Madrid con 20.291 votos (28% de los sufragios). Esta posición se mantendrá hasta el estallido de la Guerra Civil. Sus dos establecimientos más sólidos fueron los barrios de Chamberí e Inclusa. Entre estas fechas se produjo la sustitución de los republicanos por los socialistas. Desde 1917, los resultados electorales por barrios son muy significativos, porque los antiguos distritos republicanos se pasaron a las candidaturas socialistas: Hospital, Universidad y Latina.

En Madrid cambiaron muchas cosas entre esas fechas: unas fueron de orden político y cultural, otras se refirieron a las transformaciones sociales y económicas de la capital, como se ha dicho más arriba.

En cualquier caso hay que destacar una línea de progresiva intensidad en la vida política en la capital, al menos desde principios del siglo XX, que alcanza su punto álgido durante la Segunda República. La primera causa es probablemente numérica: el medio millón de habitantes de inicios de siglo –que se ha duplicado en 1930– impide las prácticas caciquiles de la Restauración. En Madrid la lucha electoral es moderna: hay campañas, hay actos políticos, mítines, propaganda impresa, publicidad en vallas, etc., prácticas inexistentes en casi todo el resto del país.

Además, las diversas formaciones políticas presentaban a sus jefes más destacados en las listas de esta circunscripción. La afirmación, durante los años de la Segunda República, vale tanto para la derecha como para la izquierda y el centro. En correspondencia a estas fuertes apuestas, las campañas electorales eran también más intensas y la politización y radicalismo alcanzaban cotas muy altas. Por otra parte el eje de la vida política española se situaba igualmente en la capital. Allí estaban los ministerios, pero sobre todo las Cortes: el centro de la discusión política en la Segunda República, la caja de resonancia de las variaciones en las alianzas, de las justificaciones en los cambios de postura, de los giros en uno u otro sentido.

También en Madrid se daban a conocer los nuevos partidos políticos que ya sólo podían aspirar a ser de masas, y para eso la capital era una plataforma ideal de arranque: gran núcleo de población y especial atención de la prensa –que llegaba a toda España– a las cuestiones políticas. Aquí se establecían las alianzas y confederaciones entre los más próximos, se firmaban los acuerdos electorales, se negociaba la composición de las candidaturas, etc. Y sobre esta masa crítica actuaba una prensa enormemente politizada y empeñada –también por motivos empresariales– en llegar a un público lo más amplio posible.

Esta alta temperatura política se tradujo en la exportación de algunos procesos al resto de España, como si la capital constituyera un punto de arranque fundamental para cualquier actividad política de alcance nacional. Un primer ejemplo es la proclamación de la Segunda República, que aunque se iniciara horas después que en otros puntos de España, sólo se consolidó en el país cuando el Gobierno provisional se hizo, por iniciativa propia y por abandono monárquico, con los resortes del poder en Madrid.

Otro ejemplo claro es la quema de conventos de mayo de 1931. La relación de acontecimientos tiene un carácter netamente madrileño y sin agentes externos especiales: el centro monárquico en la Puerta del Sol encendió las iras de los republicanos el 10 de mayo de 1931. De ese primer enfrentamiento, en un ambiente muy fuertemente anticlerical, alimentado por mentiras fabulosas en los barrios extremos (por ejemplo: el envenenamiento del agua de las fuentes públicas donde casi todo el vecindario ha de abastecerse), se pasó a la acción al día siguiente: ese día ardieron en Madrid diez conventos. Hasta ahí nada que hiciera pensar en una exportación de los incendios: se trataba de un proceso madrileño, que si se hubiera producido en cualquier otra capital no hubiera tenido probablemente más trascendencia que la local. Pero al día siguiente estos hechos luctuosos se repitieron en muchas ciudades españolas y ardieron un centenar más. La lenidad del gobierno republicano ante los incendios y, sobre todo, las versiones distorsionadas que se ofrecieron de ellos en la prensa republicana de Madrid –*El Liberal*, por ejemplo, aseguró que los frailes habían incendiado los conventos para desprestigiar al gobierno– acabaron de envenenar el ambiente político en Madrid. A partir de ese momento, el enfrentamiento fue radical.

La primera convocatoria electoral a Cortes Constituyentes –con listas abiertas– en junio de 1931 confirmó estas tendencias. Republicanos y socialistas presentaron una candidatura única con la presencia de jefes destacados: Lerroux, Largo Caballero, Besteiro, Sánchez Román, etc. Alrededor de *El Debate*, el gran periódico derechista y posibilista, se fraguó otra candidatura que agrupaba a gentes radicalmente monárquicas con otras no definidas respecto a la forma de gobierno. La respuesta del electorado fue muy clara: Lerroux, el viejo político radical, obtuvo el 90% de los votos, Besteiro –el primer socialista en la lista

de coalición– el 75%. Lo más interesante fue ver cómo el voto de los barrios populares del sur se decantaban hacia los socialistas y otras soluciones más a su izquierda. La radicalización se intensificaba y no hay que olvidar la equivalencia izquierdismo-anticlericalismo, que se traducía en acciones diarias y espontáneas contra el clero. Tanta tensión se vivía en las calles, que el obispo de Madrid autorizó al clero a vestir traje civil para evitar enfrentamientos y situaciones de agresión. Desde luego las cosas eran muy diversas en función de los barrios, pero en un Madrid socialmente mezclado en su actual zona centro, con sus calles llenas de gente de toda condición social, en cualquier momento podían producirse –y se produjeron– agresiones verbales, desplantes, algunos golpes, pedradas, insultos, etc., al clero que transitaba por ellas.

También el intento revolucionario de 1934 reservaba para Madrid un protagonismo crucial. El movimiento insurreccional fue un fracaso en la capital y eso lastró las posibilidades de éxito en el resto de España. Desde luego no se trató de una simple huelga general para intimidar y medir la capacidad de reacción del Gobierno. Las Juventudes Socialistas se habían organizado militarmente, había contactos con oficiales del ejército y de las fuerzas del orden público, Largo Caballero había establecido un plan de control de los puntos neurálgicos y la detención de los presidentes del Gobierno y de las Cortes... Otra cosa es que los preparativos no estuvieran ultimados, que se tomaran decisiones tácticas equivocadas y que, consiguientemente, el movimiento revolucionario fracasara casi desde el principio en Madrid. A partir de este momento, la tensión creció, los enfrentamientos, las agresiones y los tiroteos, especialmente entre las juventudes falangistas y socialistas, se generalizaron.

La campaña electoral de febrero de 1936 fue especialmente intensa con estos antecedentes y este marco de referencia. El triunfo de las candidaturas del Frente Popular no tranquilizó los ánimos: todo lo contrario.

LA VIDA RELIGIOSA EN LA CAPITAL

Madrid era una ciudad en la que convivían el anticlericalismo con el sentir católico mayoritario. La casi totalidad de la población recibía el Bautismo, la Primera Comunión y la Extremaunción. Un dato da idea de este hecho: en 1935 hubo 13.739 enterramientos en la capital, y sólo 145 fueron no católicos (*civiles*, en la terminología de la época). Lo reducido del número de estos entierros civiles hace irrelevantes las relaciones entre este hecho y el barrio en que se reside. Ricos y pobres nacen y mueren católicos en este sentido básico. Otra cosa distinta era quién se sentía católico y en qué se concretaba ese modo de vivir. Desde luego, las prácticas cristianas de la mayoría de los habitantes de la ciudad

no eran producto de una reflexión personal, de una opción comprometida y responsable con manifestaciones en la vida cultural, social, política, etc. Falta, entre los intelectuales católicos, una reflexión que avance ante los planteamientos no cristianos de la modernidad. Más bien nos encontramos con una herencia cultural católica de carácter marcadamente tradicionalista y empeñada en una oposición a las nuevas ideas, que, en general, se perciben como enemigas y ante las que no cabe el diálogo propiamente; sólo el argumentar para combatir las.

Esta actitud defensiva se transmitía, en general, al clero en su formación. También a los grupos de cristianos más conscientes, que, frecuentemente, percibían como un todo el sentido de lo católico, el orden social que impone un Estado liberal –confesional por otra parte hasta el advenimiento de la República– y el deber del conformismo que se predicaba a los pobres, mitigado por el esfuerzo de hacer entender a los ricos sus deberes de caridad. En medio de estas actitudes mayoritarias, no faltaban cristianos –y cristianas– comprometidos en tareas asistenciales –educativas, sanitarias o simplemente de alimentación básica– que implicaban una excelente disposición y práctica hacia el ejercicio de las virtudes cristianas (por ejemplo, las Damas Apostólicas o las tradicionales Conferencias de San Vicente de Paúl entre otras muchas). Eso en el orden personal. Desde el punto de vista de la organización de los católicos como tales en la vida social y política, serían los hombres de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas quienes intentaran organizar una respuesta corporativa en estos campos. Su prensa era técnicamente moderna (el ejemplo de *El Debate* es clásico), pero su contenido no difería demasiado –en lo cultural y social especialmente– de lo que venía siendo la prensa católica tradicional, por no decir tradicionalista en sentido lato.

En el vivir de cada día era muy distinto actuar como cristiano en el centro de la ciudad o en los barrios periféricos. En los distritos de Princesa o Salamanca, la Misa dominical de las once de la mañana constituía un acto social que se complementaba con el paseo por el parque del Retiro, aunque no faltaran plantas y ofensas a los sacerdotes en las calles de estas zonas. Otra cosa era la asistencia a oficios litúrgicos en las afueras. En esas barriadas era cada vez más una muestra de testimonio público de fe frente a corrientes anticristianas predominantes. Eso sin contar con que no se tenían las mismas facilidades para recibir ayuda espiritual en unas zonas u otras. La situación resultaba especialmente difícil en el extrarradio: sólo había veintiocho sacerdotes –distribuidos en cuatro parroquias– para atender a las más de 140.000 personas que residían allí. Aunque no constituyeran una mayoría, no era infrecuente encontrarse con parejas que no se habían casado por la Iglesia y convivían sin más. Desde luego tampoco contrajeron matrimonio civil cuando lo estableció la República. Se trataba más de

una situación de desarraigo de sus poblaciones y costumbres de origen que de una opción específicamente anticristiana.

El obispo de la ciudad, Leopoldo Eijo Garay, era consciente de esta deficiente atención pastoral del extrarradio madrileño. Intentó crear algunas parroquias fuera de los límites territoriales del municipio, en los lugares en los que más crecía la población, como Pueblo Nuevo, Pozuelo, Campamento y El Planío. Pero carecía de posibilidades reales. Primero, eran pocos los sacerdotes que vivían en estas zonas. Después, faltaba un clero preparado específicamente para esta acción pastoral. El resumen es que sólo algunos sacerdotes llenos de empuje misionero hacían todo lo que podían, pero siempre de modo singular.

En la vida política madrileña no faltaron actuaciones de algunos clérigos de relevancia pública: el nuncio, los metropolitanos que se reunían en conferencia y exponían abiertamente algunas posiciones, y las intervenciones en el Parlamento de ocho presbíteros diputados en Cortes. Pero donde influían realmente los clérigos –seculares y religiosos– era en la vida social, con su acción en los templos y calles. Desde los púlpitos se predicaba a favor de la paz política y de la libertad de la Iglesia y de los católicos para vivir su propia fe. Y por la calle, concretamente en las zonas que no eran de extrarradio, era habitual la presencia física del sacerdote. Primero, porque no pasaba inadvertido: el hábito eclesiástico señalaba inequívocamente su situación. Luego, porque su número era considerable: casi dos mil (950 seculares y 1.000 regulares). Vivían casi el 90% en casas particulares, con sus familias en el caso de los seculares, los demás en sus conventos; y para ejercer su trabajo pastoral se movían por la ciudad, sobre todo en tranvía y metro, frecuentemente caminando –era el Madrid próximo del núcleo central– y rara vez en taxi.

Resultaba fácil localizar a un clérigo, porque el lugar donde ejercía su trabajo pastoral era un espacio público conocido y accesible: la parroquia, la rectoral o el convento. Desde la proclamación de la República, el clima anticlerical se incrementó y los insultos y vejaciones en la calle a los clérigos, y en ocasiones a católicos conocidos, en toda la ciudad, pero sobre todo en barrios del extrarradio, se hicieron más frecuentes. De todas maneras, antes de la guerra fueron raros los atentados contra la vida. Sin embargo, nada más estallar el conflicto, el clero católico fue –precisamente por su proximidad e inserción en los barrios donde era perfectamente conocido– el grupo social que sufrió más bajas (306 de los 950 sacerdotes seculares residentes en Madrid fueron asesinados).

La quema de conventos el 11 de mayo de 1931 y la cuestión religiosa que se planteó durante la discusión del artículo 26 de la Constitución, acabaron por alejar a muchos católicos madrileños de la aceptación expectante que habían hecho de la nueva República. En términos generales resultaba difícil distinguir, tanto por parte de los republicanos de izquierdas y socialistas, como de los católicos

encuadrados en grupos políticos conservadores, lo anticristiano de lo simplemente aconfesional. Algunos católicos se planteaban qué respuesta debía darse ante lo que consideran una amenaza seria a su práctica cristiana y a la defensa de la religión (identificada a veces con el mantenimiento de instituciones eclesíásticas). Las mezclas, además, con las diversas opciones políticas antirrepublicanas, concretadas en preparación de golpes de acción, hacían difícil distinguir entre lo que había de responsabilidad religiosa, mejor o peor entendida, y la simple acción política al margen de la legalidad vigente.

En otro orden de cosas, el pastoral, el obispo de Madrid intentaba responder de manera práctica a los diversos problemas que planteaba la nueva situación política tras la proclamación de la Segunda República, las elecciones a Cortes Constituyentes, la aprobación de la nueva Constitución y el desarrollo de las leyes que afectaban a la Iglesia. En primer lugar, Eijo Garay instó a los católicos a participar en la vida política, de acuerdo con las directrices recibidas desde la Santa Sede. Además, pidió a los clérigos que se abstuvieran de intervenir en política, aunque no tomó medida alguna contra los ocho sacerdotes diputados, ni contra algunos otros de declarada y pública militancia política. Cuando el gobierno de Azaña eliminó la enseñanza católica de las escuelas públicas, en enero de 1932, puso en marcha un sistema para que desde las parroquias se ofreciera formación católica a los niños. El procedimiento era complejo y, evidentemente, su eficacia dependía de las posibilidades de atención real que las parroquias pudieran prestarle. Como siempre, los barrios y zonas del extrarradio, los peor atendidos desde el punto de vista pastoral, estaban en peores condiciones, también en este aspecto. Asimismo relanzó la Acción Católica en la diócesis. Desde 1934 se empezaron a organizar asociaciones en las diversas parroquias de Madrid. Ese mismo año se estableció en el barrio de Puente de Vallecas la Casa del Consiliario, centro de formación de sacerdotes de donde saldrían los futuros consiliarios españoles de Acción Católica.

MADRID DURANTE LA GUERRA CIVIL

Como ya se ha dicho, Madrid era, en términos generales, una ciudad de izquierdas. Lo confirman también los resultados electorales de febrero de 1936. Pero esa afirmación debe matizarse. En los distritos en que venció, la izquierda lo hizo por diferencia mayor de la que se produjo en aquellos en los que triunfó la derecha. En Inclusa, Hospital, La Latina y Universidad, la victoria de la izquierda fue abrumadora. En Centro, Hospicio, Buenavista y Palacio, donde la derecha obtuvo mayor número de votos, la diferencia con la izquierda no fue excesiva. Madrid era una ciudad dividida, especialmente en 1936. La polariza-

ción se mantenía en términos moderados. Los madrileños que habían votado a la candidatura del Frente Popular habían optado por las personas y formaciones políticas menos extremistas de esta formación y otro tanto había ocurrido con los que apoyaron a los derechistas. En resumen: en febrero de 1936, Madrid se inclinaba ligeramente a la izquierda y estaba polarizada pero no extremada. Este panorama varió radicalmente los meses siguientes hasta el estallido final de julio.

Antecedentes inmediatos de la Guerra Civil: de las elecciones de febrero a la sublevación militar

El clima político en la ciudad tras las elecciones de febrero fue de enorme tensión. Inmediatamente después de conocerse los resultados, la derecha se movilizó y el principal escenario de sus actuaciones fue Madrid. Los grandes líderes conservadores, como Gil Robles o Calvo Sotelo, y hasta el jefe del Estado Mayor, Francisco Franco, presionaron al Gobierno y al presidente de la República para que tomara medidas excepcionales. El Gobierno se negó. El Madrid conservador, pero también la izquierda moderada, temían el estallido de una revolución social.

Por otra parte, el clima interno de las formaciones políticas estaba mucho más radicalizado de lo que, en esos momentos, lo estaba la sociedad. Ese extremismo se trasladó pronto a las calles de las grandes ciudades españolas, incluida Madrid. Los episodios violentos fueron su expresión.

En la izquierda, el socialismo menos moderado, el comunismo y el anarquismo, sectores con importante presencia en Madrid, consideraron que se había falseado el resultado de la decisión popular del 16 de febrero. Para éstos, el triunfo del Frente Popular debía abrir paso a la revolución social. Se negaban a aceptar que el Gobierno surgido de las elecciones estuviera formado por los sectores más moderados del Frente Popular. Ya que no en los despachos, sería en la calle donde se expresaría la victoria del pueblo en las urnas: así lo veía la extrema izquierda. En las horas y fechas siguientes a los comicios de febrero, el sentimiento de victoria de la izquierda en las calles se transformó en una marea incontenible de masas por la ciudad que exigían la libertad de los presos de la Cárcel Modelo, quemaban iglesias o asaltaban los centros políticos de la derecha.

Un proceso similar, pero de signo contrario, se produjo en la derecha. Los sectores conservadores consideraron que se avecinaba la revolución social y que los intentos de construir una derecha moderada los dos últimos años habían fracasado. Falange Española apareció como la única organización política capaz de plantar cara y asumir frente a la izquierda radical –y para ellos toda la izquierda lo era– la defensa de sus ideales y de sus personas. La formación de José Antonio

Primo de Rivera era entonces una organización menor y de escasa importancia e implantación en Madrid. Sus resultados electorales de febrero son elocuentes: sólo 5.000 votos. Sin embargo, en la primavera de 1936 en Falange desembarcaron las masas conservadoras deseosas de revancha. Falange, empleando la violencia, se convirtió en el grupo más activo de la derecha.

El Gobierno se mostró inoperante e incapaz para contener la situación. Durante los meses previos a la guerra la mayoría de los madrileños vivía expectante y atemorizada ante el creciente clima de enfrentamiento que se daba en las calles de la ciudad. Un dato ayuda a hacerse cargo de esta creciente violencia política y social: los enfrentamientos entre unos y otros produjeron más de 300 muertos en las calles de Madrid antes del golpe de estado de julio.

A pesar del ambiente, el mundo cultural madrileño parecía ajeno a la tensión. Hubo novedades editoriales con títulos de Marañón, Ramón J. Sender o García Lorca. En la primavera de 1936, Madrid observaba la desaparición de Valle Inclán, pero también asistía a estrenos de Casona, Jardiel o los hermanos Quintero. Más ajeno aún se presentaba el mundo del espectáculo y del entretenimiento. En el cine se estrenaban películas de Chaplin o de los hermanos Marx, para alivio de la gente, y Celia Gámez seguía brillando en la revista. Hubo buena feria de San Isidro: triunfaron los toreros Lalanda y Bienvenida. Domingo Ortega fue abroncado el 10 de mayo por sospechar que había financiado, en parte, la campaña de Gil Robles. Ese año tuvieron lugar los últimos carnavales, con sus máscaras, bailes y carrozas que no se repetirían hasta pasado mucho tiempo: más de cuarenta años.

Antes de julio de 1936, la clase media madrileña tenía sueldos de 300 pesetas, que era una cantidad que permitía vivir bien. Un traje les costaba 80 pesetas y llenar la cesta de la compra 4 pesetas diarias. Los obreros industriales alcanzaban las 200 pesetas, incluso un poco más en los puestos cualificados. Por tanto, las manifestaciones externas de la crisis de aquella primavera del 36 eran de carácter político y social, actuando sobre una situación de grave crisis económica: porque lo difícil para las clases bajas era tener trabajo. En Madrid, las oligarquías se quejaban ante cualquier reforma propuesta que recortara sus privilegios, y los obreros resolvían sus diferencias con los patrones mediante constantes huelgas. Además, el conflicto social se trasladaba casi automáticamente y de forma simplista al plano político: para todos, el patrono era de derechas y el obrero de izquierdas, con lo que el conflicto estaba servido.

Ese ambiente de violencia y tensión generó un clima de enloquecimiento colectivo. Se sacaban y utilizaban armas de fuego con ligereza, y en los muros de la ciudad las formaciones políticas se amenazaban unas a otras en carteles y pintadas. Los partidos más extremos a la izquierda y a la derecha organizaron sus milicias que, armadas, se paseaban impunemente por las calles. Más grave aún

era que la situación se aceptase como casi natural. Las formaciones “titulares” de esas milicias, la Falange y el Partido Comunista, consideraban necesaria su existencia como medio para alcanzar sus objetivos políticos.

Los comunistas crearon las Milicias de Acción Obreras y Campesinas (MAOC). Sus enfrentamientos con los falangistas eran frecuentes en las calles de Madrid. Los anarquistas optaron por impulsar continuas huelgas. Así, la CNT –sindicato anarquista– adquirió en Madrid una relevancia que hasta entonces no tuvo, y dejó atrás al otro gran sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT), sindicato socialista.

En la extrema derecha, Falange adquirió, entre febrero y julio de 1936, un protagonismo del que careció hasta entonces. Los falangistas, mientras vendían sus publicaciones en la calle (*FE* o *Fascio*), se tiroteaban con los comunistas que vendían *Mundo Obrero*. El incremento de la militancia en Falange y de su actividad condujeron a su ilegalización. En marzo pasó a la clandestinidad. José Antonio Primo de Rivera y toda la dirección de partido ingresaron en la madrileña Cárcel Modelo. Desde allí seguían dirigiendo el partido que hizo de Madrid su centro de acción a través de células clandestinas.

Aunque el conjunto mayoritario de la población madrileña no participara de esta actividad violenta, en general se habían radicalizado notablemente sus posiciones en uno y otro extremo del arco político. En julio, la división había llegado a posiciones irreconciliables: tiros en la calle entre grupos rivales, atentados a personalidades, recelos entre vecinos o compañeros de trabajo, fuertes enfrentamientos verbales... Estos episodios conformaban ambientes nada infrecuentes en las calles o en los patios de los vecindarios de Madrid.

Cada vez fue más común mirar al vecino, al compañero de trabajo, al que compartía vagón de metro o trayecto en el tranvía como amigo o como enemigo: sin matices. A veces era el periódico que se llevaba o el que se recibía cada mañana en la portería, otras veces sólo el aspecto externo (mono de obrero, cuello blanco...). Tiros, a veces incluso bombas, noticias de conocidos asesinados la noche anterior y una policía incapaz de poner fin a estas formas de violencia: así transcurría la vida ordinaria en Madrid los meses previos al golpe de Estado.

Las dos ciudades del Madrid en guerra: la ciudad oficial y la clandestina

Y se produjo la sublevación. En Madrid las primeras noticias fueron confusas, pero pronto se confirmó que estaba en marcha un golpe de estado contra el Gobierno. Las calles de la ciudad se convirtieron en un hervidero de gente. Grupos que circulaban camino de sedes políticas o sindicales donde recibir instrucciones, enfrentamientos con los contrarios cuando se encontraban en cualquier esquina, bar, taberna o terraza veraniega. Acopio de armas, las que se encontra-

ran, para defender la causa propia, bien la República (de forma algo indefinida) o ponerse del lado de los sublevados. Movimientos en cuarteles (Campamento, Pacífico, La Montaña...) que, divididos, vivieron horas de lucha interna entre partidarios del golpe y los que defendían al Gobierno.

La izquierda madrileña se organizó en milicias entre las que destacó el comunista Quinto Regimiento. Grupos con actitud convencida y comprometida, pertrechados con las armas más variadas, por lo general rudimentarias, recorrían las calles haciendo ostentación de poder con su aspecto, actitudes, actuaciones y manifestaciones, reclamando armas para defender la República, persiguiendo y/o sometiendo a los partidarios de la sublevación allí donde se hallaren y cercando poco a poco el último reducto de la España sublevada en Madrid: el Cuartel de la Montaña.

Al final, el imponente emplazamiento militar de la Montaña del Príncipe Pío quedó rodeado de masas dispuestas al asalto, tres cañones en Bailén, Ferraz y la Plaza de España, ametralladoras y fusiles en las azoteas de las casas... Pero delante, la guardia civil y el ejército leales a la República, encabezaron el asalto final. Así se atemperó la furia y se evitó un mayor número de muertos al rendirse los sitiados en el cuartel, al mediodía del 20 de julio.

Tras dos días de incertidumbre Madrid quedó, pues, leal al gobierno del Frente Popular. Los milicianos madrileños, nuevos soldados del pueblo, se convirtieron en los depositarios del poder, la encarnación de la revolución. Los otros, quienes deseaban el triunfo del golpe de estado, o no se habían mostrado entusiastas del Frente Popular, de repente, en cuestión de horas, pasaron a encontrarse en territorio enemigo, aunque seguían en la misma ciudad. Debieron esconderse, protegerse. Pasaron a ser desafectos a la República, fascistas, reaccionarios, enemigos del pueblo...

En ese ambiente posterior al 20 de julio de 1936, la victoria sobre los levantados contra el gobierno del Frente Popular transformó Madrid en una ciudad revolucionaria y su ambiente pasó a estar acorde con ello. Uniformes de milicianos empezaron a verse en lugares antaño burgueses o propios de madrileños acomodados. Se lo permitía su sueldo de 10 pesetas diarias (el soldado republicano era el mejor pagado de occidente). Si no, sus armas intimidaban para no pagar en bares y tabernas y acompañaban su actitud chulesca con expresiones que les definen como “defensores de la República” o “luchadores contra el fascismo”. De repente, desaparecieron de Madrid los aspectos externos de las clases sociales altas: ni sombreros, ni corbatas, ni cuellos blancos; sobre todo en estos primeros tiempos.

En Madrid se vivió una revolución. Armas por la calle, uniformes, en realidad monos, de milicianos que se paseaban con fusiles en la mano o pistolas en la cintura. Su poder se manifestaba al amedrentar a sospechosos con una

demanda de documentación, unos comentarios o unas preguntas, al pararlo en la calle, al inquirir en la taberna o, peor, al conducirlo a algún local político –transformado ahora en cuartel– para “investigar” su personalidad, es decir, su posible deslealtad.

Y todos los madrileños que temían ser posibles víctimas de estos controles se escondieron o se movieron por Madrid con sumo cuidado. Porque se salía a la calle únicamente por necesidad: para buscar ese papel o carnet político que constituía un aval de lealtad a la República, o el contacto que conseguía una plaza en un edificio diplomático protegido, o el medio que permitía salir de la ciudad e, incluso, pasar a la que ya era la otra España. De no ser así, se permanecía en casa porque se pensaba que era un lugar seguro. Pronto esto también cambió.

Comenzaron a palpase las consecuencias del ambiente revolucionario. Madrileños, ahora desafectos o enemigos de la República, que desaparecían una noche de su domicilio. Porque en el nuevo Madrid en guerra se podía entrar en los domicilios, registrar y llevarse a alguien sospechoso. No se precisaban motivos especiales. Bastaba una denuncia, con o sin fundamento: porque el detenido había militado en un grupo “reaccionario” o lo votó en febrero, o leía *ABC* o *El Debate*, o se le veía entrar en la iglesia del barrio los domingos, o... En no pocas ocasiones, los motivos se reducían a rencor, venganza o inquina personal, al margen de cualquier consideración política o ideológica.

Y el resultado, cada vez más habitual, fue que el detenido no regresaba en unas horas. Entonces había que buscarlo. A veces se le encontraba muerto o ni se le encontraba y nadie sabía de él. Una expresión empezó a hacerse familiar, “lo han paseado” y una palabra producía escalofríos: “checa”. La violencia en Madrid esos meses pasaba por la combinación de estas nuevas realidades: detenidos conducidos a esas “cárceles y tribunales del pueblo”, las llamadas “checas”, que aplicaban su “justicia” a los enemigos de la República en *sui-generis* “sentencias de muerte”, y su corolario, los llamados *paseos*.

Los amaneceres de Madrid ofrecieron el trágico paisaje de cadáveres de los que la noche anterior habían sido detenidos por cualquiera de los motivos mencionados. En julio, agosto, septiembre, octubre y hasta mediados de noviembre, la cifra de muertos *paseados* es espeluznante. En Madrid nadie mandaba, salvo los que Azaña llamó “los caciques del fusil” que aplicaban su “ley” y su “justicia” revolucionaria a quienes consideran “enemigos del pueblo”. Aunque la realidad era que algunos ni siquiera eran desafectos a la República.

Pero las cosas cambiaron a partir de diciembre de 1936. Esta violencia se eliminó casi por completo. El poder *popular* volvió a las instituciones y a los despachos merced a las medidas del Gobierno –ya huido de Madrid– y de la Junta de Defensa. Así se frenaron las ejecuciones arbitrarias que llenaron de sangre, hasta entonces, las calles de la ciudad.

Poco antes, la capital había sufrido el asedio de los franquistas –la Batalla de Madrid–, pero los asaltantes no habían pasado. Fue el asombro del mundo: la capital había resistido, estaba rodeada en gran parte, pero siguió leal a la República. Bien es cierto que los edificios de los barrios de la zona oeste, la sur y la Ciudad Universitaria, casi desaparecieron tras los combates. Sólo quedaron allí montones de escombros y descampados. Las líneas de trincheras marcaban la separación de las dos Españas, y se mantuvieron durante 28 meses más. Entre los asaltantes los había que estaban lejos de sus hogares, pero muchos otros tan sólo estaban separados unos pocos kilómetros de sus casas y de los suyos, aunque en realidad se encontraban muy lejos: en la otra España. Los defensores acudían desde sus casas a sus puestos del frente, y Madrid presentaba como una de sus estampas al miliciano subido en el tranvía con sus armas camino de su puesto. Así se iba a la guerra en la capital de España.

La vida normal en la ciudad sitiada

A esta ciudad cercada, llegó otra terrible realidad de la guerra: los bombardeos. Desde agosto de 1936 por el aire, y desde noviembre mediante la artillería, los madrileños, todos, republicanos y franquistas emboscados, padecieron el miedo y la muerte que traían las bombas. Periódicamente, Madrid se llena de ruido de explosiones. Menos peligroso cuando las bombas venían desde el aire, porque a los aviones se les oye llegar. Pero al obús de artillería sólo se le oye silbar segundos antes del impacto; “no avisa”, decían los ya avezados madrileños. En el Cerro de Garabitas y desde el frente sur, baterías artilleras castigaban sin piedad la ciudad. Desde la Casa de Campo se alcanzaba hasta la línea que dibuja el paseo de La Castellana; desde Usera se llegaba a la zona de Ventas. Hay sectores muy castigados, como la Gran Vía, donde los franquistas bombardeaban muchos días, de forma habitual a las 7,30 de la tarde, coincidiendo con la salida de los cines. Otras zonas castigadas fueron Tetuán, Chamberí, La Guindalera...

Con cada bombardeo, el paisaje de la ciudad dibujaba escenas de edificios reducidos a escombros, de gente corriendo hacia las bocas de metro y otros refugios al detectar la llegada de los aviones, de calles llenas de enormes socavones, de paredes plagadas de pequeños o grandes orificios por impactos o metralla. Sólo un área se salva: el barrio de Salamanca, donde los franquistas saben que están la mayor parte de “los suyos” y donde se concentra el mayor número de edificios bajo protección diplomática. Ahora éstos han surgido por doquier, algunos de países que pocos madrileños saben situar en el mapa, y que también acogen a miles de partidarios de los sublevados asilados.

Las gentes de la ciudad continuaron yendo al cine. El ocio en los espectáculos se tiñó también de ambiente bélico. La cartelera ofrecía algunos títulos

revolucionarios, y nunca faltaron documentales de propaganda y noticiarios cinematográficos con el mismo fin. Pero los madrileños preferían acudir a ver películas de entretenimiento. El cine era para evadirse, ocupaba el ocio y no se trataba de continuar recordando la guerra. Había que olvidar por un tiempo la tragedia que estaba fuera. Los milicianos, con su cómodo salario, invitaban a la novia, a la mujer o a los amigos.

Y los escenarios de los teatros se empleaban para mítines, actos políticos, para reclutar o concienciar a los habitantes de la capital, para hacerles ver la necesidad de la lucha. Además, surgieron compañías de teatro, bajo control sobre todo de sindicatos, que montaban obras para distracción durante el permiso de los combatientes que descansaban unos días de la dura vida de la trinchera, aunque éstos prefieren casi siempre el cine.

Además, desde el verano de 1936, Madrid incrementó notablemente su población. La capital se convirtió en refugio de andaluces, extremeños, manchegos..., que huían del avance franquista. Vivían donde y de lo que podían. En algunos lugares se produjo el hacinamiento, por acoger al familiar que había llegado. Se ocuparon casas vacías, por ejemplo, las de quienes se fueron de vacaciones a principios de julio de 1936 y ya no regresaron. Esa superpoblación, que llega al millón de personas, tenía que comer: y apareció la escasez. Desde septiembre de 1936, encontramos otra estampa del Madrid de la guerra: las colas frente a establecimientos de abastecimiento y, pronto, madrileños en ellas con las manos llenas de cartillas de racionamiento. Horas en la cola para recibir cada vez menos. Indignación en el pueblo cuando un vehículo con una bandera extranjera se detenía ante un establecimiento y se llevaba un montón de víveres para una embajada, un consulado o simplemente un piso protegido por aquella enseña. Para aquellas gentes, allí comían desafectos, enemigos, partidarios de los causantes de su hambre, de sus penurias, de sus cinco, seis o siete horas de cola o responsables del dolor por la muerte de alguien querido.

En la capital faltaba comida, que sólo podía llegar de Levante y con mucha dificultad. De la falta de abastecimiento y del racionamiento surgió inevitable el *mercado negro*: trastiendas donde se mercadeaba con aceite, leche, huevos y todo tipo de comida a precios astronómicos.

Todo ese ambiente, además, se llenó de propaganda ideológica. Paredes con carteles que llamaban a la resistencia, a la unidad, a la lucha contra el fascismo, a la defensa de la revolución, a la ayuda al frente, al alistamiento voluntario... Carteles de guerra, algunos auténticas obras de arte, que constituyeron una decoración colorista de las calles de Madrid. Y, junto a ellos, el sonido de la radio con proclamas entusiastas que llamaban a la victoria, que enardecían a la masa... Y canciones, muchas canciones. Melodías alegres, emotivas, pegadizas,

revolucionarias que, muy pronto, se convirtieron en el tarareo más común de las gentes que a veces las silbaban distraídas o aburridas.

En medio de todo, madrileños emboscados, *quintacolumnistas* o espías. Hacían lo que podían por boicotear la vida ordinaria, dificultar el abastecimiento de la ciudad, facilitar información a los franquistas, a escasos kilómetros de la Puerta del Sol, para adelantar su entrada y su *liberación*. Otros, más pasivos, buscaban cómo pasarse a la otra zona. La mayoría de este Madrid clandestino estaba simplemente atemorizado. Confiaban en la victoria franquista y en el final de su peligrosa situación: terminar con su tensión, su miedo y su hambre. Salían lo menos posible de sus casas, gestionaban, si podían, su ingreso en algún edificio diplomático. Allí vivían hacinados, pero tranquilos y protegidos. En fin: no se significaban, intentaban no hacerse notar. Aún así, en ocasiones asumían riesgos. Porque muy peligroso era escuchar emisoras de radio prohibidas o esconder receptores no legalizados con su licencia y guía, para captar las “emisoras facciosas” a altas horas de la noche y debajo de una manta que amortiguara el sonido y evitara denuncias.

La práctica religiosa era muy arriesgada y se realizaba en la clandestinidad. No menos peligroso era esconder imágenes o a sacerdotes o religiosas..., porque en este Madrid también se persigue a la religión. Una persecución que, sobre todo al principio, no tiene precedente en la historia. La intensidad desciende sensiblemente desde enero de 1937. A pesar de todo, hubo sacerdotes valientes –a los que intentaba coordinar el futuro obispo García Lahiguera–, que organizaron y desarrollaron su atención pastoral y espiritual de forma clandestina y jugándose la vida. Uno de ellos fue san Josemaría Escrivá de Balaguer.

Con las iglesias cerradas o convertidas en cuarteles, garajes, almacenes, talleres de reparación de vehículos, etc., se celebraron Misas clandestinas en casas madrileñas, se escondía a Dios en sagrarios improvisados, se impartía catequesis a niños, se administraban sacramentos... y se enseñaba a religiosos y a religiosas a comportarse, actuar y vestir como seculares en la vida cotidiana, todo lo que entonces era necesario para preservar su seguridad o, incluso, su vida.

La violencia de los meses iniciales –julio a diciembre de 1936– remitió apreciablemente en el año 1937, pero aumentaron notablemente la penuria y el hambre. En aquellos momentos en Madrid ya se comía muy poco, y eso poco era malo. Cuando la temperatura bajaba, se pasaba mucho frío; no había dinero, y los bienes con algún valor se empeñaban o vendían. Ese dinero era para comida normalmente comprada en el *mercado negro*. Siempre había una trastienda abastecida para el que tuviera dinero para pagar. Para los desafectos, ese dinero era para satisfacer la cuota de entrada en un edificio diplomático o los gastos de la “estancia”. Las clases sociales tendieron a desaparecer, no por la revolución sino por la fuerza de la realidad de los hechos.

Y cada vez se abría paso con más fuerza el deseo de que “aquello” terminara cuanto antes. En el Madrid republicano el entusiasmo revolucionario de los primeros tiempos desapareció paulatinamente; la guerra iba mal y el desánimo se fue instalando. En la ciudad clandestina de los franquistas la paciencia se agotaba ante la espera de una *liberación* prevista para noviembre de 1936 que no ocurrió y que parecía que no iba a tener lugar nunca. Alguno escuchaba en “emisoras facciosas” cómo iban avanzando los nacionales y pensaba en cuándo le tocaría el turno a Madrid. Hubo que esperar, añadiendo a las penurias de todos, el miedo de su condición clandestina.

El año 1938 en Madrid fue el del hartazgo. Se extendió por todas partes el derrotismo, la nula confianza en la victoria. Y de la mano de ello, un deseo general de que la guerra acabara, sin importar quién ganara. Los madrileños (como muchísimos españoles) deseaban que llegara el final de la contienda. Los principios ideológicos, las ideas, la revolución esperada del principio ya no importaban. Los madrileños franquistas la deseaban porque la victoria suponía el fin de su vida penosa y amenazada; los republicanos, porque eran conscientes de que la guerra no se podía ganar y sólo les estaba proporcionando sufrimientos, mucho dolor y pesares.

Después de la caída de Cataluña a principios de 1939 el final de la guerra ya se vio próximo e indiscutiblemente decantado. Llegó el momento de prepararse, en la medida de lo posible, para la situación de posguerra. La vida cotidiana, las cosas ordinarias comenzaron a pensarse y a ejecutarse con vistas a que la situación cambiaría pronto. Gustaría más o menos o quizá nada, pero la *nueva España* que se iba a imponer en Madrid cambiaría la vida de los madrileños. Se observaba en el ambiente que todo se acababa y, aunque para la mayoría era una derrota, también era el final de una pesadilla. La vida ordinaria pasó a estar influida por las previsiones de futuro próximo. Apareció el acaparador que sustraía de la circulación la moneda que los vencedores aceptaban como válida y sólo pagaba con la que no iba a valer. Surgieron los *arribistas*: algunos que eran revolucionarios frentepopulistas al principio, echaron tierra sobre el pasado y escenificaron un pro-franquismo nunca vivido ni creído. Aparecieron algunos emboscados durante meses, que pasaron a ser avales o salvadores de los amigos o conocidos con pasado nada conveniente que, temerosos, acudieron a ellos. Quienes antes se escondían ahora vislumbraban su victoria.

Sin embargo fueron pocos quienes buscaron avales, papeles, que garantizaran su buena conducta ante los próximos vencedores. Estaban convencidos de que no iba a pasar nada. No fueron pocos los madrileños que confiaron en que, a quien no había hecho nada, nada le pasaría. Además, en medio de esa sensación de que el final se acercaba, un último episodio de violencia parece eliminar de la escena a los más incómodos e inaceptables para los vencedores: los comunistas.

Las jornadas de *guerra civil* dentro de la Guerra Civil de primeros de marzo concluyeron con un panorama más “presentable” para quienes dominarían en la nueva España. Por ello, no pocos madrileños creyeron que nada iba a pasar, y volvieron a sus casas, si es que estaban en el frente: regresaban a la vida ordinaria de 1936 porque no habían hecho más que defender unas ideas, por mucho que éstas ahora hubieran sido derrotadas.

La realidad de la posguerra en Madrid, la realidad de la posguerra en España, sería muy distinta.

Julio Montero. Catedrático de Historia de la Comunicación en la Universidad Complutense de Madrid. Es autor, con María A. Paz y José Javier Sánchez Aranda, de *La Imagen Pública de la Monarquía. Alfonso XIII en la Prensa y en los noticieros cinematográficos de su época*; de *Introducción a la Historia de la Comunicación Social*, con José Carlos Rueda y del libro de divulgación *España: una historia explicada*, con José Luis Roig.
e-mail: juliomonterodiaz@vercine.info

Javier Cervera Gil. Profesor de Historia Contemporánea e Historia del Periodismo en la Universidad Francisco de Vitoria. Es autor de algunos libros sobre la Guerra Civil española: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939* y, junto con Ángel Bahamonde Magro, *Así terminó la guerra de España*. Además, recientemente ha publicado *La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia 1944-1953*, acerca de las relaciones entre Francia y España.
e-mail: xavicg@yahoo.es